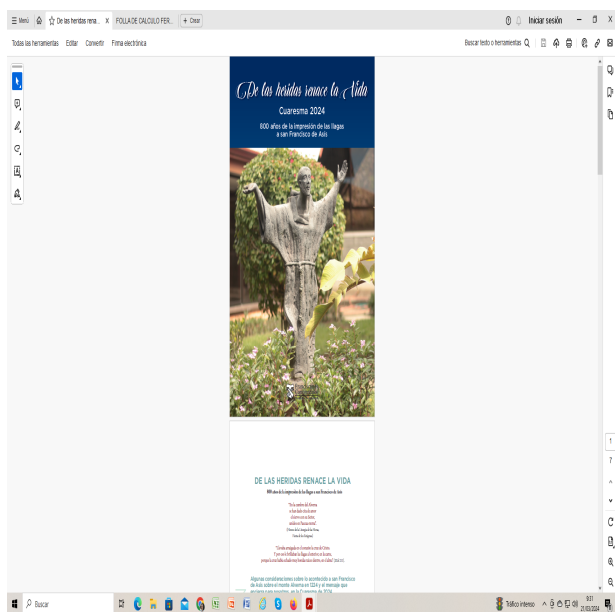




“DE LAS HERIDAS RENACE LA VIDA”

Documento de reflexión a los 800 años de la impresión de las llagas a San Francisco

...Y ahora os anuncio un gran gozo y un nuevo milagro. El mundo no ha conocido un signo tal, a no ser en el Hijo de Dios, que es Cristo el Señor. No mucho antes de su muerte, el hermano y padre nuestro [Francisco] apareció crucificado, llevando en su cuerpo cinco llagas que son, ciertamente, los estigmas de Cristo. Sus manos y sus pies estaban como atravesados por clavos de una a otra parte, cubriendo las heridas y del color negro de los clavos. Su costado aparecía traspasado por una lanza y con frecuencia sangraba (...). Por tanto, hermanos, bendecid al Dios del cielo y proclamadlo ante todos, porque ha sido misericordioso con nosotros, y recordad a nuestro padre y hermano Francisco, para alabanza y gloria suya, porque lo ha engrandecido entre los hombres y lo ha glorificado delante de los ángeles.

De la carta de Fray Elías de Cortona, anunciando la muerte de San Francisco de Asís. Octubre de 1226

1º: Antes de subir al monte Alverna...

Sabemos que san Francisco se preparaba para las grandes solemnidades con periodos largos de ayuno y oración comúnmente llamados “cuaresmas”. Según se desprende de las biografías, eran varias las que vivía cada año: desde la Epifanía hasta la Pascua; desde Pentecostés hasta la fiesta de san Pedro y san Pablo; desde la Asunción hasta el día de san Miguel; y desde Todos los Santos hasta la Navidad. La impresión de las llagas tuvo lugar durante la “cuaresma de san Miguel” del año 1224, alrededor de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, que es el 14 de septiembre.

Desde hacía unos años se vivía en la Orden de los Menores un clima tenso, propio de una crisis de crecimiento. Ya no era aquel grupo de hermanos llenos de entusiasmo, pero también bastante inexpertos, que se presentaron ante el “señor Papa” pidiendo permiso para vivir el santo evangelio simple y llanamente. Ahora eran una verdadera multitud de hombres venidos de todas partes, de toda clase social y cultural, siendo un gran grupo de ellos universitarios y letrados que exigían una organización menos espontánea y más estable, al estilo de otras Órdenes.

Francisco se sentía desbordado ante tanta exigencia. Pero no solo. También estaba enfermo, muy enfermo, y, aún peor, se sentía incomprendido por una parte de sus hermanos, quizás incluso rechazado. Prueba de ello es el famoso relato de *La verdadera alegría*, para muchos demasiado autobiográfico para ser una especie de cuento con moraleja: “Vete, tú eres un simple y un ignorante; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos” (Ver Al 11). Francisco herido en su cuerpo, pero también en lo más profundo de su corazón.

Es por eso que tras la aprobación de la Regla por el papa Honorio III, el 29 de noviembre de 1223, Francisco buscará con mayor empeño la soledad de los eremitorios, dedicándose a la oración y a la penitencia. Dejará el gobierno de la Orden en manos de fray Elías de Cortona, su vicario.

En la Navidad de 1223, con permiso del Papa, celebrará de “manera nueva” el nacimiento del Hijo de Dios con todo realismo, inaugurando la tradición de preparar los belenes en iglesias y casas. Ahora, bien entrado el año 1224, el mismo Señor que había contemplado pobre y humilde en Greccio posaría su mano herida sobre su siervo en la cima del monte (cf. Antífona del Oficio de lectura, Fiesta de los Estigmas), para identificarlo con su amor crucificado.

Es importante señalar que el año 1213 el conde Orlando de Chiusi había donado a san Francisco el monte Alverna como lugar de retiro y oración. Para la cuaresma de san Miguel de 1224, el Santo viajó acompañado por los hermanos León, Ángel, Rufino, Maseo, Iluminado y probablemente Bonizzo, pero solo estuvo en lo más alto con el primero, León, quien le llevaba la comida y muy temprano por las mañanas le celebraba la misa.

Testimonio precioso de esta compañía y de lo que sobre ese monte ocurrió es el pergamino escrito de puño y letra por el mismo León —que se conserva en el Sacro Convento de Asís—, donde nos da noticia de este acontecimiento, y, también, de la oración que brotó del corazón pacificado e iluminado de san Francisco: las *Alabanzas al Dios altísimo*.

Sabemos que el Santo, deseando más soledad e intimidad, se apartó aún más, cruzando un abismo por medio de un tronco atravesado, pasando largas horas en una cueva y también recogido en el frondoso bosque. Será en este lugar donde, encontrándose en profunda oración, reciba la visita del serafín crucificado, marcando sus manos, pies y costado con los signos de la pasión. Dirá con toda razón san Buenaventura: “El verdadero amor de Cristo había transformado en su propia imagen a este amante suyo” (LM 13,5).

Como veremos más adelante, la experiencia de los estigmas ha de ser leída a la luz de lo que había vivido entre los leprosos desde su conversión y, últimamente, entre sus hermanos, es decir, como identificación con aquellos que llevan una vida llena de heridas, aquellos que sufren el abandono, la pobreza, la vergüenza o el desprecio. Y frente a la tentación de quedarse encerrado en su dolor e incomprensión, frente al riesgo de aislarse y replegarse para protegerse y cubrir la vulnerabilidad de su condición humana bajo una espesa coraza, Cristo crucificado compartirá con él su mismo secreto: dejar que el corazón y nuestra carne se llenen de puertas y ventanas abiertas por las que brote el amor compasivo y la paciencia, la misericordia y la caridad, la alegría verdadera y la pobreza que es fuente de riqueza (cf. Adm 27).

Para la reflexión personal y en grupo

- Mientras subo al monte, ¿qué encuentro en mi corazón?
- ¿Qué preguntas brotan de mi experiencia de fe, de mis relaciones, de mi entrega en la familia, en el trabajo, en mi comunidad...?
- ¿Cuáles son las heridas que llevo sobre mi carne?
- ¿Creo que mis heridas, unidas a las de Cristo, pueden convertirse en puertas y ventanas?
- Ante las dificultades, incomprensiones o heridas de la vida... ¿tiendo a replegarme o aislarme?

2º: Sobre el monte Alverna con san Francisco

Si el pasado año 2023 recibíamos la invitación para acudir alegres junto a san Francisco y algunos de sus primeros hermanos a Greccio, en la zona montañosa del valle de Rieti, y revivir lo acontecido la noche de Navidad de 1223, ¡misterio de humildad y abajamiento!, este año 2024 recibimos otra importante invitación, en este caso a subir a un monte de la región Toscana, el Alverna, junto a san Francisco y al hermano León para dejarnos alcanzar por un misterio de amor y dolor transfigurado.

Son los dos misterios que más luz arrojaron sobre la vida del hermano Francisco hasta el punto de modelarla: “Tenía tan presente en su memoria la humildad de la encarnación y la caridad de la pasión, que difícilmente quería pensar en otra cosa” (1Cel 84). El pesebre y la cruz. Humildad y caridad. Abajamiento e identificación amorosa con su Maestro y Señor hasta las últimas consecuencias. Son los frutos maduros de un camino que comenzó allá por el año 1202, entre sueños de grandeza y estrepitosos fracasos, luminosas fiestas y oscuros calabozos, visitas inesperadas, incomprensiones familiares, soledades, una ermita medio derruida...

San Buenaventura, en su Leyenda Mayor, nos invita a no perder de vista la procesualidad de la vida del hermano Francisco. Sería un error tratar de comprender la Navidad de Greccio o la Pasión sobre el monte Alverna olvidando que hay todo un camino que inicia con su conversión a Cristo; una profunda continuidad entre la experiencia vocacional junto a los leprosos, el evangelio escuchado y acogido en la Porciúncula o el Cristo de San Damián, y el pesebre eucarístico de Greccio junto al abrazo con Cristo pobre y crucificado sobre el Alverna.

Greccio y el Alverna son dos hitos importantísimos y extraordinarios, sin duda alguna, de la vida del Santo de Asís. De ahí que merezcan ser recordados, profundizados y celebrados. Pero dos hitos que no podemos aislar de su camino de discípulo, de su seguimiento personal, fraterno y radical de las huellas del Señor Jesús: “La suprema aspiración de Francisco, su más vivo deseo y su más elevado propósito, era observar en todo y siempre el santo evangelio y seguir la doctrina de nuestro Señor Jesucristo y sus pasos con suma atención, con todo cuidado, con todo el anhelo de su mente, con todo el fervor de su corazón” (1Cel 84).

Lo que a san Francisco, discípulo de Cristo, le fue concedido como “gracia visible” en Greccio o en el Alverna, a nosotros, discípulos de Cristo, se nos ofrece como “gracia invisible” en nuestro propio camino personal y fraterno tras las huellas del Señor. No lo olvidemos. Creo que ahí reside, en gran medida, el mensaje escondido, ¡un verdadero tesoro!, que también se nos regala a nosotros.

Nuestra vida cristiana es llamada a configurarnos con Jesús, a parecernos más y más a

él, a dejar que el Espíritu del Señor con su santa operación (cf. San Francisco, Regla bulada 10,8) haga de nosotros una viva imagen de Cristo, para que así todo miembro de su Cuerpo, que somos nosotros, muestre la semejanza con su Cabeza, que es Él. A esto está llamado el discípulo, ¡nada más y nada menos! Y es esto lo que san Francisco nos muestra que es posible, en medio de las luces y sombras de nuestra condición humana, de las alegrías y dolores de cada día.

San Francisco no es imitable. Es un peligro o una ilusión que hay que evitar. No se trata de re- producir en las formas históricas y concretas la experiencia del Santo de Asís. La vida y la historia son como un río: jamás vuelven atrás. Pero su camino espiritual de discípulo y el don de gracia que recibió del Señor han sido y siguen siendo para nosotros libro del que aprender, espejo en el que mirarnos, corazón del evangelio, esperanza de salvación, camino de santidad, llave de la alegría verdadera (cf. 2Cel 208).

Cristo lo fue todo para san Francisco: su única sabiduría y su vida: “No necesito de muchas cosas, hermano; conozco de memoria a Cristo pobre y crucificado” (2Cel 105). Sólo se puede subir al Alverna con este deseo: que Cristo sea nuestro Señor en todo. “Deus meus et omnia/Mi Dios y mi todo” (cf. Florecillas 2; Actus 1). Solo se puede subir a ese picacho rocoso con el anhelo de no bajar igual. Solo se puede subir al “calvario franciscano” susurrando, con temor y temblor, la oración del mismo san Francisco: “Te suplico, Señor, que la fuerza abrasadora y dulce de tu amor absorba de tal modo mi mente que la separe de todas las cosas que hay debajo del cielo, para que yo muera por amor de tu amor, ya que por amor de mi amor tú te dignaste morir” (Oración S. Fco)

Sobre el monte Alverna escuchamos una voz muy potente que nos invita a recuperar la dimensión radical de nuestra vida de discípulos para ser en verdad “otros cristos”, para aprender a vivir “lo que toque” con mirada transfigurada, es decir, según la lógica pascual. Y experimentar así que se puede vivir con un corazón libre y pacificado, que hunde sus raíces en la verdadera alegría, la que nada ni nadie nos podrá arrebatar (cf. Jn 16,22)

Para la reflexión personal y en grupo

- ¿Qué quiero pedir al Señor en estos días de Cuaresma en que se me regala estar mucho más cerca de Él y recorrer su mismo camino?
- ¿Cómo quisiera que fuera el encuentro con Él en este tiempo de gracia?
- ¿Qué necesito aprender de Él?
- ¿Me atrevo a pedirle que sea mi Señor en todo?
- ¿Soy consciente de que también yo estoy llamado a ser “otro cristo”?

3º. Bajemos del monte: una vida nueva, heridas transfiguradas

Decíamos anteriormente que cuando san Francisco recibe las llagas de Cristo sobre el monte Alverna en 1224 está atravesando uno de los momentos más difíciles de su vida. Sus primeros compañeros hablan de una “grandísima tentación” que empezó a cernirse sobre él cuando se encontraba en la Porciúncula. A partir de aquel momento no le resultaba nada fácil estar alegre, como solía ser habitual en él, sino más bien taciturno, buscando la soledad y el silencio, rezando con frecuencia entre lágrimas. De ahí que su soledad, su sensación de “fracaso”, su sufrimiento, sus miedos, es decir, ¡sus propias heridas!, sean comunión real con las heridas del Señor, participación en su pasión y muerte.

El hermano Francisco comparte todo (lo que un hombre puede o le es dado compartir!) con Cristo, bebe su mismo cáliz, se hace pobre y último de verdad, del todo, sin quedarle nada propio: “Dios es; eso basta; que Dios sea Dios... Tú eres, Tú eres...” (cf. Éloi Leclerc, *Sabiduría de un pobre*). El Pobrecillo recibe sobre su cuerpo las llagas del Señor y, a la vez, deja las suyas propias en manos de Aquel cuyas “heridas nos han curado” (1Pe 2, 25).

San Francisco desciende de aquel monte pacificado. El “beneficio” recibido, sobre el cual nos habla el hermano León, es la paz del corazón, que nace de haber experimentado en propia carne lo radicalmente misericordioso, bueno y fiel que es el Señor con cada una de sus criaturas, sobre todo en medio de la noche más oscura. Aceptar que somos pequeños, pobres, pecadores, mortales... y que, aun así, somos amados y podemos amar. Por eso, de labios del Santo tras la experiencia del Alverna brota un exceso de alabanza. ¡Cómo se dirige a su Señor como todo bien, sumo bien, bien total! ¡Cómo se sabe “custodiado y protegido” por Aquel que es rey Omnipotente, pero también es a la vez humildad, belleza, ternura, paciencia, esperanza, alegría, dulzura...!

Entre san Francisco y nosotros hay, sin duda, una gran diferencia. Nuestra capacidad de respuesta y de identificación con Cristo quizás nunca llegue a alcanzar cimas tan altas. Sin embargo, como ya dijimos, también a nosotros se nos ofrece la posibilidad de unir nuestras heridas a las de Cristo, aprendiendo de Él que el dolor sólo se apacigua en la ofrenda humilde de lo que somos, y que todo resentimiento, queja, aislamiento, repliegue... como respuesta, sólo añade dolor al dolor. Con frecuencia, nuestras dificultades, heridas, angustias, desprecios, enfermedades, tendencias... son sentidos como un peso insoportable, como un castigo de la vida, poniendo en duda hasta nuestro propio valor y nuestras opciones más verdaderas. ¿Quién nos enseñará a vivir nuestra debilidad? ¿Dejaremos que el Señor la transforme en fuente de fortaleza y compasión? Éste es el camino que recorrió Jesús para convertirse en un “regazo” comprensivo y sanador de nuestras heridas: quiso asemejarse en todo a sus hermanos (Heb 2,14-18). Éste es también el camino de san Francisco, cuyas heridas unidas y transfiguradas por las de Cristo, se convirtieron en fuente de bendición para sus hermanos: ¡puertas y ventanas!

Ahora, bajando del monte, san Francisco es pobre de verdad y el Señor puede ocupar todo el espacio que hay en él. La vida del santo evangelio le alcanza en el corazón y en la carne, realizando aquellas palabras de san Pablo en las que nos comunica el centro de la vida del discípulo: “Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20).

Los estigmas constituyen la señal –siempre guardada con el máximo secreto por san Francisco– de este paso, de esta vida nueva, de unos ojos transfigurados. San Francisco baja del monte mirando el mundo desde la cruz del Señor. El mundo, la Iglesia, sus hermanos, los conflictos entre las ciudades, los leprosos... todo sigue igual. Sin embargo, la luz que lo envuelve y que sobre el Alverna ha sanado su ceguera más profunda, es la luz de la Pascua del Señor, en la que toda la creación está llamada a pasar como a través del fatigoso trabajo de un parto para alumbrar una vida nueva. Francisco baja del monte cantando y en su boca no hay queja, resentimiento o reproche alguno, sino el canto nuevo que el Señor le ha puesto en los labios: es el canto de la ternura que emplea con fray León, atribulado por la tentación, para quien escribe las *Alabanzas al Dios Altísimo* y una bendición; es el canto de alabanza a Dios que se prolonga desde el monte Alverna y estalla en el *Cántico del hermano sol*; es el canto del ministerio de la predicación, al que vuelve a dedicarse con nuevo ardor

recorriendo amplias zonas del centro de Italia; es el canto de la “verdadera alegría” que no se turba ni aíra por las dificultades, por los rechazos, por las tribulaciones, sino que permanece pacientemente en el amor, el único que puede obrar milagros; es, por último, el canto de la nueva solicitud que Francisco quiere ofrecer a sus hermanos: sabe que, antes y mejor que él, es el Señor crucificado y resucitado el que los guarda con celo y vigor como una madre, y sabe también que no se le pide a él que solucione todos los problemas, sino que sea para todos el signo de un don gratuito, fiel, poderoso, paciente, exigente y misericordioso.

Para la reflexión personal y en grupo

- ¿Deseo verdaderamente pedirle al Señor que me haga entrar en el misterio de su muerte para sentir la fuerza de su resurrección?
- ¿Le pido la gracia de la vida nueva, de una mirada nueva, de un corazón nuevo?
- ¿He experimentado la verdadera alegría?
- ¿Creo que es posible?

Fr. Abel García-Cezón. Franciscanos conventuales